

1.- Comentario a las lecturas. Estamos a poco más de una semana de la Cuaresma cuyo mensaje principal es el de la Conversión y en este evangelio se nos habla de curaciones. Ambas cosas están íntimamente relacionadas porque ¿Qué es la conversión sino una sanación del pecado?

En todo proceso de conversión el primer paso que hay que dar, por tanto, es el de liberarse del pecado mortal porque mientras estés sometido a su influencia no puedes crecer en la fe, ni en la caridad, ni en la virtud ya que la luz no puede habitar junto a las tinieblas. Por eso el Señor lo vemos perdonando continuamente a los que se acercaban a Él para pedirle ayuda e, incluso, antes de curarlos lo primero que hacía ante un enfermo si este no estaba en Gracia era el de absolverle de sus pecados. Lo vemos claramente, por ejemplo, en la curación del paralítico que le presentaron para que lo curara, que lo primero que le dice es: “Tus pecados están perdonados”.

Una vez liberados o sanados a través del arrepentimiento sincero y la confesión estamos en la situación propicia para que el Espíritu entre en nuestro corazón y empiece a actuar dándonos todos sus dones y gracias como la caridad, la paz, el servicio, el dominio de nuestras pasiones, la alegría... La Palabra nos confirma esta experiencia cuando Jesús dice: “Si alguien me ama, guardará mi Palabra... y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23).

Esto se cumple perfectamente en la suegra de Pedro de la que nos habla el evangelio de hoy que una vez curada de su fiebre que simbolizan las pasiones, vicios y pecados, en definitiva, “Se puso a servirles”. Todos hemos experimentado alguna vez que cuando estamos en el pecado nos cuesta muchísimo más trabajo tener paciencia, humildad, confiar. Por poner un ejemplo: En el trabajo hemos tenido una discusión con el jefe, llegas a casa y tu mujer te dice algo que no te gusta y sin paciencia ninguna te pones a discutir. Y es que el pecado, aunque sea realizado sin que nadie te vea te termina por afectar en tu relación contigo mismo, con Dios y con los demás.

Para Jesús es fácil sanarnos corporalmente y perdonar los pecados por su infinita misericordia. Pero lleva un orden, primero cuida el corazón; no se deja llevar por apariencias o el emotivismo... primero nos llena de su paz y alegría. La vida santa hace bueno todo lo demás. Por tanto, confesémonos para recuperar la Gracia de Dios y oremos para mantenerla cada día y aumentarla cada vez más. Esto hacía el Señor: curaba, rezaba y predicaba. Así pasó sus días en la Tierra. Imitémoslo y pasaremos este mundo como él que pasó “haciendo el bien y curando a todos los que estaban oprimidos del Diablo”.

2.- Sugerencias para el diálogo. 1º ¿Te ha curado el Señor de algo, física o espiritualmente? Cuenta tu experiencia; 2º ¿Has tenido alguna experiencia concreta de liberación, de consuelo o de paz después de confesarte? ¿Puedes contarla?

3.- Para reflexionar. Quien quiera, pida o trabaje por algo que no sea Cristo no sabe lo que quiere, ni lo que pide, ni lo que hace. (S. Felipe Neri)